

¿Ha muerto el poeta?

Lilia Margarita Guzmán y García

¿Se oculta?

El dorado astro de profunda y melancólica mirada pajiza, de cuyos labios brotan azahares – algunas veces néctares amargos y otras como ambrosía de dioses–, me dicen que ha muerto, mas no lo creo. ¿Se oculta?

¡No! Sucede que ya no le miramos a los ojos, que ya no lo escuchamos; resulta que ya no lo invocamos con pasión, resulta que nos hemos alejado de esa emoción.

Me dice la ciencia que ya no es necesario el poeta. Dice la ciencia que ella va a llegar a decirnos el todo de todo, con mayor precisión de palabra, con mayor profundidad, sin secreto. De la misma manera, la tecnología que le antecede nos dice que la ciencia va profundizando gracias a que pone en sus manos las herramientas que se lo permiten; herramien- tas que le dotarán de un poder absoluto llega- do el momento.

Hoy casi ya no nos miramos a los ojos, no nos escucharnos de viva voz, no nos acariciamos; ya no respiramos alientos ni degustamos néctares. Casi no es necesario salir de la madrigue- ra, que se ha convertido en celosa mazmorra.

Vemos casi constantemente una luz no solar, y es más práctico escribir textos frívolos, en vez de cartas con puño y letra, y nuestro néctar es un líquido artificioso.

Parece ser que en la era de comunicación esta- mos más incomunicados y más aislados. Nuestro cuerpo cada día es más frágil, si bien la ciencia médica nos ha alargado la vida.

Poco a poco, o tal vez más rápidamente de lo que pensamos, nos acercamos al pronóstico de Alvin Toffler: nuestro cuerpo irá decayendo hasta convertirse en una masa cuyos miembros más desarrollados sean unos amplios glúteos y un largo dedo que teclea.¹ Me temo que ya ni eso nos sucederá.

La vida como plenitud de ser, es cada día me- nos ser.

El conocimiento es cada vez mayor en oposi- ción a la comprensión, a ese sensible acerca- miento íntimo que empieza a desarrollar nues- tras potencialidades en busca de la unicidad.

Ciertamente la ciencia y la tecnología han aportado grandes avances y facilidades a nues- tras vidas, pero también grandes retrocesos y pérdidas humanísticas, con lo cual ha frag- mentado el conocimiento y al hombre.

La razón se ha opuesto a la imaginación y ce- rrado la puerta a la pasión por el misterio y al espíritu de la creatividad.

No muy lejano parece ser el día en que Luis Barragán se quejaba de que los libros y las re- vistas de arquitectura ya nunca hablaban de la belleza.²

Ciertamente, ya no hablamos de belleza; tam- poco cuando hablamos de arquitectura de paisaje.

¿Cuándo perdimos esta sensibilidad?

Como bien nos advierte la ciencia, la natura- leza ha sido gravemente expoliada, y en igual medida la arquitectura de paisaje.

Hemos perdido en nuestra conciencia y en nuestra emoción ese algo inconmensurable y misterioso a lo que pertenecemos y que nos trasciende, esa unión de espíritu.

Nuestro hábitat, esta nave, este minúsculo polvo estelar probablemente único en nues- tros términos –en ambos sentidos del macro- cosmos y el microcosmos, e incluso en rela- ción con otros cosmos de los que tal vez no llegaremos a saber nada, ocultos en su infini- tud–, es nuestro único hogar.

Las mismas premisas de la ciencia y la tecno- logía que aplican en la arquitectura aplican a la arquitectura de paisaje.

Aun cuando lleguemos a hablar de sustenta- bilidad, no hablamos de inteligencia, sino de procesos naturales, que indicamos mediante la palabra “ecológicos”. Ahí mismo, la propia palabra “procesos” habla de fenómenos y de tecnicidad, y es por tanto perversa, al hacer- nos creer que ello devela el misterio.

El mismo Einstein expresó en otras palabras que se puede vivir la vida de dos maneras, como si todo fuera un misterio o como si nada lo fuera.

La verdadera arquitectura de paisaje es y se- guirá siendo, por modesta que sea, de tiempos idos, de este tiempo sustentable e inteligente, sin necesidad de artificio tecnológico alguno.

Lo que sucede hoy en día es que no diseñamos con respeto, congruencia y verdad, con ética.

Hemos perdido casi del todo la oportuni- dad de recrearnos, en toda la extensión del signifi- cado de la palabra; de contemplar, de mirar, de reencontrarnos, de reconstruirmos; de gozar la brisa, el sol, el canto, el perfume, el sabor; en fin, de dormir, soñar y meditar sobre la hierba.

¿Por qué allí, en esas “estancias a cielo abier- to”, no estamos en unión con la naturaleza y su paisaje?

¿Por qué cedimos a abandonar sus propieda- des trascendentales y sus emociones finales?

¿Qué tendrán y que podrán decir al respecto los teóricos, historiadores y filósofos que nos permita enriquecernos, en el presente y en el futuro? ¿De qué manera somos éticos con nuestro momento histórico y con el medio?

¡Que lejos quedaron las enseñanzas de John Ruskin! ¿Cuándo se apagó la luz en la “Lám- para de la Verdad”?³

¡Que lejos nos encontramos de la voz de mu- chos otros poetas y filósofos de nuestra mi- sión, entre ellos Marco Vitrubio Pollion, León Battista Alberti, Andrea Palladio, Juan de la Encina, José Villagrán García, Paul Valery y Luis Barragán!

La verdadera arquitectura de paisaje es y se- guirá siendo sustentable si es inteligente, ex- presión de una verdad ética y de belleza –si logramos esa mencionada unidad.

También la arquitectura de paisaje ha segui- do la línea de dejar su impronta, su huella. La arquitectura de paisaje ha perdido su inten- sión primigenia y transcendental de la con- templación, el gozo y disfrute de la naturaleza.

¿Cuándo, cómo y por qué decidimos ceder esas estancias a cielo abierto al deporte, a las expresiones artísticas de otra índole, a escu- char un canto mecánico, a contemplar esa luz artificial de la pantalla; cuando no al discurs- o, a la manifestación y a la protesta, todo ello fuera de lugar?

La prisión de la mazmorra cada día devora más, ya no está contenida y limitada. Es más amplio el espacio del hombre depredador.

¡Qué lejos han quedado los cantos de algunos de nuestros poetas y filósofos de la arquitectu- ra de paisaje: Humprey Repton, William Kent, Henry David Thoreau, Jackson “Capability” Brown, Andrew Jackson Downing, Frederik Law Omsted Sr., Calvert Vaux, Gaston Bache- lard, Pablo Neruda, Christian Norberg Schultz, Ian McHarg Thomas Church, Roberto Burle Marx, Pietro Porcinai, Dimitri Pikionis y Luis Barragán!

No tenemos cabal conciencia del significado de tener que declarar parques nacionales, re- servas naturales, santuarios naturales, áreas protegidas, patrimonios de la humanidad, especies protegidas en peligro de extinción, entre otros.

La misión más importante de la arquitectura de paisaje es ejercer todas las potencialidades en la misión sagrada del “curador”, es decir en la “curaduría”.

El curador que sana, que alivia las heridas in- fligidas, que escucha la confesión milagrosa, el susurro del aliento de vida, el palpitante la- tido de la naturaleza en sí mismo. El curador que cuida y protege el arte y la poe- sía, quien es él mismo el aire, el agua y la tierra, y el que mantiene el fuego, el que no debe com- placerse con el conocimiento, sino más bien lo- grar el vínculo de la entidad, el ser.

No hay un camino recto y directo, son múlti- ples los senderos en la búsqueda y el encuen- tro de la unicidad.

A treinta años de establecida la enseñanza de la arquitectura de paisaje en la Universidad Nacional Autónoma de México, en la Facultad de Arquitectura, cada día nos alejamos más de los senderos.

Me quejo del énfasis de lo tecno-científico en la enseñanza en nuestras aulas, que en vez de acercarnos a lo mítico, al arte y a la poesía, en una palabra, al humanismo, hoy nos aproxima más a la herramienta del “dron”. A su vez, nos alejamos de la sensibilidad de la filosofía y del encuentro con la ontología y la teleología de las estancias a cielo abierto; a ello nos invita a meditar Rosario Assunto cuando escribe: “los poetas ven lo que los demás no ven por- que saben más que los otros, y lo que saben lo transmiten de manera que no hace falta ser especialista para entenderlo”.⁴

¿Dónde está la contemplación y la reflexión de ideas e ideales?, ¿están en esa nube ciberné- tica, que nadie sabe dónde está y que no pin- taron Johannes Vermeer, William Turner, José María Velasco y el Dr. Atl?

La tecnología y la metodología se oponen a la mitología, a las artes y a la poesía. A ellas las propongo para la fundación de un nuevo Olim- po –pleno de dioses que no son ni científicos, ni técnicos–; para establecer la conciencia de que la unicidad es la belleza, y de que la metá- fora de la poesía sin palabras es ser uno.

Nuestro pensamiento debe ser expresión de nuestra voluntad para ir al encuentro de una filosofía de la unicidad.

Nuestra imaginación tiene el poder y las po- tencialidades de conducirnos a ella.

El poeta no ha muerto; su metáfora debe ser expresión de una oración.

Notas

- Alvin Toffler, *La tercer ola* (México: Edivisión, 1981).
- Federica Zanco (compiladora), *Luis Barragán. La revolución callada* (Milán: Skira, 2001).
- John Ruskin, *Las siete lámparas de la arquitectu- ra* (Buenos Aires: El Ateneo, 1944).
- Rosario Assunto, *Ontología y teleología del jardín* (Madrid: Tecnos, 1991), 34.

Lilia Margarita Guzmán y García
Unidad Académica de Arquitectura de Paisaje
Facultad de Arquitectura, UNAM
✉ liliagg@servidor.unam.mx